

# La captura de Abimael, 25 años después.

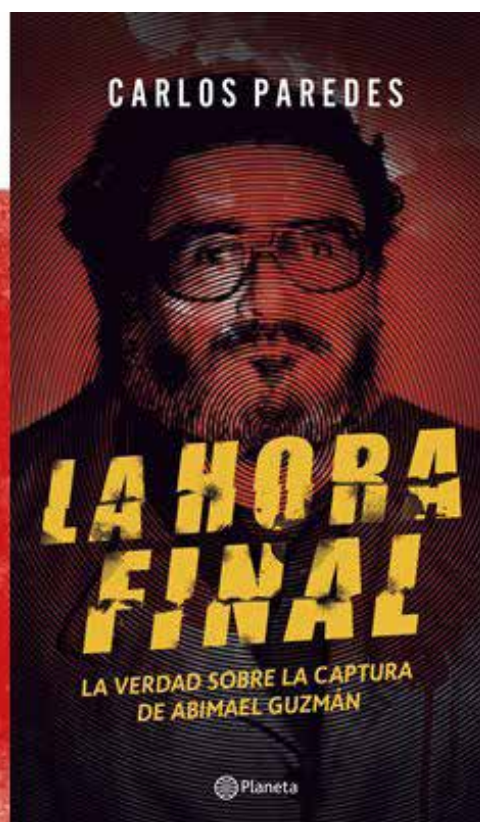
ROLANDO ROJAS<sup>1</sup>



Umberto Jara  
*Abimael, el sendero del terror*  
Lima: Planeta, 2017



Antonio Zapata  
*La guerra senderista, hablan los enemigos*  
Lima: Taurus, 2017



Carlos Paredes  
*La hora final*  
Lima: Planeta, 2017

<sup>1</sup> Historiador e investigador del IEP

### **Comentarios a *Abimael. El sendero del terror, La hora final y La guerra senderista. Hablan los enemigos***

Tres libros aparecieron con ocasión de los 25 años de la captura de Abimael Guzmán.<sup>2</sup> A diferencia de los clásicos estudios de los «senderólogos» de las décadas de 1980 y 1990, realizados en centros de investigaciones o universidades, se trata de textos de investigación periodística e histórica, escritos para un público amplio y por encargo de editoriales de corporaciones internacionales. Dos autores son periodistas, Umberto Jara y Carlos Paredes, y uno historiador, Antonio Zapata, aunque con larga experiencia en el medio televisivo (dirigió por diez años el programa *Sucedió en el Perú*) y como columnista en *La República*.

Jara, Paredes y Zapata tienen estilos y abordajes particulares, pero los tres apuntan a construir una memoria sobre la violencia senderista y su líder Abimael Guzmán. El primero privilegia la perspectiva biográfica, la trayectoria formativa y los inicios políticos del cabecilla de Sendero Luminoso (SL); el segundo reconstruye la creación del Grupo Especial de Inteligencia del Perú (GEIN), el proceso de investigación y la operación de captura de Guzmán y de la cúpula senderista; el tercero plantea una perspectiva más global, una «narrativa comprensiva» del proceso de violencia a partir de la voz de Elena Iparraguirre, la que se complementa con las versiones del Ejército, de la Marina de Guerra del Perú en la historia del comandante Jorge Ortiz, y de la Policía Nacional en el libro de Benedicto Jiménez.

#### **La entrada biográfica**

El libro de Jara reconstruye la trayectoria personal de Abimael Guzmán, desde su niñez hasta el inicio de la lucha armada. Se trata de una biografía incompleta, pues a diferencia de su libro *Ojo por ojo*, en el que contó con Santiago Martín Rivas como principal informante (Jara estaba con Rivas cuando fue capturado), esta vez no pudo acceder a fuentes de información directa. Guzmán fue siempre un hombre clandestino y secreto (no se tuvo imágenes de él entre 1979 y

1991 y se pensó que estaba muerto). Este secretismo sigue siendo una característica de los senderistas y las fuentes de Jara son, digamos, «secundarias»: vecinos, compañeros de estudios, algún familiar lejano y militantes de izquierda que compartieron acciones circunstanciales antes de su clandestinidad.

La mejor parte del libro es la semblanza de la niñez de Abimael: hijo de una relación ocasional entre el comerciante aventurero, Abimael Guzmán Silva, y la joven mollendina Berenice Reinoso Cervantes, el niño Abimael fue entregado al cuidado de su abuelo materno en Chimbote a la edad de ocho años; su madre hizo relación con un comerciante palestino que no aceptó a Abimael; nunca más volvió a verla. Luego pasó cinco años en El Callao, en la Punta, bajo el cuidado de un tío materno; Abimael ha recordado la experiencia en la ciudad como un momento especial de su vida. Finalmente, a pedido de una de sus tías, fue aceptado por su padre. Regresó a Arequipa en 1949, a los quince años de edad, y vivió bajo el cuidado de su madrastra, la chilena Laura Joquera Gómez, en compañía de nueve hermanos: cuatro de Joquera y cinco de otras relaciones ocasionales de su padre.

Jara presenta al niño Abimael como un «forastero» permanente, como un desarraigado que nunca llega a encajar en la casa paterna: convive con un padre distante, sin desarrollar lazos afectivos sólidos. El giro en su vida se produce en 1952, cuando ingresa a la universidad para estudiar derecho. Allí conoce al profesor de filosofía Miguel Rodríguez Rivas, quien aparece como el guía que no tuvo en su infancia. Influenciado por este, se matricula en la facultad de filosofía después de graduarse de abogado; asumirá la identidad de filósofo, antes que la de hombre de derecho. Luego viene el viaje a Huamanga en 1962 donde iniciará la aventura violenta para llegar al poder.

En la Universidad San Cristóbal de Huamanga, con la protección del rector Efraín Morote Best, Guzmán inicia su tenaz labor política; pronto será el líder del comité regional del PCP-Bandera Roja. Conoce y se casa con la joven Augusta La Torre, a quien Jara presenta como la versión femenina de Guzmán. De personalidad determinada, es tan o más fanática que él, aun-

<sup>2</sup> Umberto Jara, *Abimael. El sendero del terror*. Lima: Planeta, 2017; Carlos Paredes, *La hora final. La verdad sobre la captura de Abimael Guzmán*. Lima: Planeta, 2017; Antonio Zapata, *La guerra senderista. Hablan los enemigos*. Lima: Taurus, 2017.

que con una diferencia: ella es una mujer de acción. De acuerdo con los testimonios recogidos por Jara, Augusta es quien comanda al grupo que asalta el local de votación en Chuschi. Luego, la historia sigue sucesos conocidos: la inserción de los senderistas en el «circuito educativo», la formación de «organismos generados» -particularmente el Movimiento Femenino Popular que impulsó Augusta y facilitó la presencia protagónica de las mujeres en SL- y el inicio de la lucha armada.

Aunque el libro no lo plantea abiertamente, emerge la pregunta: ¿hay una relación entre la niñez infeliz de Guzmán y la violencia que desata? Algunos párrafos del libro parecen confirmar este esquema simplista. El Guzmán que emprende la «guerra popular» aparece como «un trastornado profesor universitario» que logra arraigo en la sociedad ayacuchana, particularmente en algunos sectores campesinos, debido a «la escasa o inexistente formación de pobre gente hastiada de pobreza» (p. 163). Los historiadores recelamos de las interpretaciones que reducen el fenómeno social a una «patología», pues entendemos que detrás de un movimiento político, así sea este violento, existe una trama social y un conjunto de actores que la hacen posible.

Reducir el fenómeno senderista a la insania mental de su líder es una operación cómoda: nos libera como sociedad de cualquier responsabilidad en su aparición y nos coloca en el pedestal de quien juzga a un demente. El lector tendrá que estar advertido que la biografía escrita por Jara es una interesante entrada para informarse sobre la violencia política que azotó al país, pero la comprensión de dicho fenómeno demandará internarse en la amplia bibliografía que existe sobre el tema.

### **El prisma de los captores**

El libro de Paredes relata pormenorizadamente la captura de Abimael Guzmán realizada por el GEIN de la policía. Sus informantes son los miembros de dicho grupo, particularmente Benedicto Jiménez, Guillermo Bonilla, Julio Becerra y Marco Miyashiro. Este dato es muy importante porque son los ojos y los recuerdos de los policías mencionados los que nos conducen por las calles de Lima, ya sea vigilando a Martiza Garrido Lecca, interrogando al administrador de la aca-

demia César Vallejo, Luis Arana Franco, alias «Sotil», en las oficinas del GEIN, o haciendo guardia pacientemente frente al domicilio-escondite de Guzmán.

Paredes sostiene que la iniciativa de creación del GEIN y de una estrategia de inteligencia para capturar a Guzmán no fue una política de Estado, ni siquiera de la Policía Nacional. El GEIN nació casi por azar: a su retorno de un curso en el extranjero, Benedicto Jiménez no fue readmitido en el Grupo Delta al que pertenecía y solicitó su traslado a Piura. El general Fernando Reyes Roca, director general de la Policía Técnica, quien apreciaba a Jiménez, decide mantenerlo en Lima, forma el GEIN y le asigna su dirección con cuatro policías. Era mayo de 1990, el GEIN ocupaba una improvisada oficina en un edificio a medio construir frente a la Prefectura de Lima, tenía un solo escritorio, dos «Volkswagen Escarabajo» rescatados de los depósitos de la policía y una cámara portátil donada por la embajada de los Estados Unidos.

La hazaña del GEIN fue relativamente rápida: menos de tres años de trabajo de inteligencia fueron suficientes para capturar a Guzmán. El primer golpe ocurrió casi un mes después de su creación, cuando allanaron una casa en la que cayó Sybila Arredondo, la viuda de José María Arguedas, y otros dirigentes del Departamento de Apoyo Organizativo y el Grupo de Apoyo Partidario. Lo importante de esta operación fue la incautación de los archivos del primer Congreso senderista y de una lista completa de los seudónimos del aparato central, con las respectivas direcciones domiciliarias. Este fue el hilo conductor que llevó al GEIN al escondite de Guzmán.

Meses después, el 31 de enero de 1991, allanaron tres casas donde no hubo capturas importantes, pero incautaron los videos que mostraban los rostros de Abimael y la cúpula senderista. Estaban cerca de Abimael y su caída era cuestión de tiempo. Tres días antes de este allanamiento, Abimael había abandonado la casa de Buenavista, alertado por un papel dejado debajo de la puerta en el que se le advertía que estaban siendo vigilados por la policía. La historia de la captura está rodeada del fantasma de Vladimiro Montesinos, quien habría enviado el mensaje para salvar a Guzmán. Sea como fuere, Jiménez y Miyashiro tomaron precauciones, pues el GEIN había crecido a cerca de ochenta efectivos y querían evitar filtra-

ciones. Cuando la operación del 12 de setiembre se realice, deberán ocultarlo de Ketín Vidal y del SIN, usando seudónimos y cifrando las comunicaciones.

En el relato de Paredes, el GEIN aparece como un lunar en las Fuerzas Armadas y policiales. Sus integrantes son una suerte de héroes incomprendidos: tienen un sueldo miserable, trabajan hasta 18 horas y se alimentan de galletas en los días de guardia. En estas condiciones logran la hazaña de capturar a Guzmán. Pero una historia de héroes no es completa sin traidores: Ketín Vidal, jefe de la Dirección Nacional Contra el Terrorismo (DINCOTE) de la que dependía el GEIN, les roba el reconocimiento; se hace filmar con Guzmán y filtra el video en el que aparece como el jefe de operaciones. Esa es la imagen que todos los peruanos conservamos en la retina, pese a que luego se reveló que Vidal era un hombre cercano a Montesinos, que desapareció tres millones de soles destinados al GEIN y que delató a Manuel Tumba, el agente que ideó presentar a Abimael con un traje a rayas y que seis semanas después fue asesinado por una columna de aniquilamiento senderista.

El principal agraviado de la usurpación de Vidal fue Benedicto Jiménez y, según Paredes, esto explicaría su posterior vinculación con Rodolfo Orellana. Como en los cómics de Marvel, donde el ciudadano honesto se convierte en villano como consecuencia de una injusticia recibida por la sociedad, Jiménez aparece como el héroe no recompensado que, desilusionado, se pasa al lado oscuro. No se le asciende a general, pese a sus méritos; postula a la alcaldía de Lima y al Congreso sin obtener el respaldo de la ciudadanía. Jiménez, el creador y estratega del GEIN, nunca pudo soportar que no fuera él quien apareciera en el video de la captura de Guzmán.

### La narrativa comprensiva

El libro de Zapata es una historia global de la guerra senderista. Inicia con la irrupción del maoísmo en el Perú y termina con la captura de Guzmán. Cuenta con la voz protagónica de Elena Iparraguirre, a quien el autor entrevistó 21 veces. Las apreciaciones de Iparraguirre son contrabalanceadas con las versiones del Ejército, la Marina y la Policía. En el relato de Zapata, SL siempre fue un partido pequeño, aunque de cuadros bien organizados, dentro de la constelación de organizaciones de izquierda que abundaron en la

segunda mitad del siglo XX. No se diferenció mucho, por lo menos en cuanto al discurso ideológico y a su inserción en el magisterio y dentro del campesinado, con el PCP-Patria Roja y el PCP-Bandera Roja, también maoístas. Las diferencias se producirán a fines de los setenta, cuando SL se militariza e inicia la lucha armada.

El libro muestra, o esta es mi lectura particular, que el crecimiento de SL en sus doce años de guerra fue aparente e ilusorio. El partido mostró capacidad para sobrevivir y expandir sus acciones, pero nunca llegó a constituir una amenaza real para el Estado. El Ejército Guerrillero Popular, es decir los militantes armados, nunca superó los 1.500 miembros. No podía enfrentar abiertamente al Ejército, mucho menos destruirlo. El principal activo de SL fue la capacidad para ocultarse y camuflar a sus militantes. Jugó un poco al gato y el ratón. Guzmán aprendió de la experiencia del Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR) y no estableció campamentos guerrilleros o «zonas liberadas». Cuando el Ejército se aproximaba a los pueblos donde SL establecía comités populares, sus cuadros se colocaban a buen recaudo y abandonaban a la población. Esta situación fue perversa para los campesinos, que fueron los que sufrieron las represalias, pero permitió que el partido sobreviviera. Esto funcionó hasta que el gobierno decidió armar a las rondas campesinas.

La capacidad para sobrevivir a la represión hizo que Guzmán sobreestimara sus fuerzas y lo llevó a cometer errores, como considerar que estaban en condiciones de establecer el «equilibrio estratégico». Zapata señala que si bien SL se recuperaba de las pérdidas de sus militantes, la «calidad» de sus cuadros se vio mellada. Por ejemplo, la matanza de los penales, que se originó por una provocación de SL para mostrar el «carácter genocida» de Alan García, le restó de buena parte de sus cuadros dirigentes. «Un dirigente político militar bien formado es un producto de años», nos dice Zapata. La promoción de militantes poco experimentados tendió a debilitar el aparato partidario e incrementó los errores, que a la larga llevaron a la derrota de SL.

Aunque en la opinión de Iparraguirre, la derrota de SL se debió estrictamente a la caída de la dirección, el relato de Zapata plantea que las Fuerzas Armadas, después de varios fracasos, habían encontrado la estrategia adecuada: en el campo, las rondas campe-

sinas dejaron sin espacio a los comités senderistas y en Lima, el GEIN aplicó una paciente estrategia de seguimiento para capturar a la cúpula y los aparatos partidarios senderistas. En estas condiciones, exigir al partido campañas de «equilibrio estratégico» condujo a la debacle. Iparraguirre señala que poco antes de la captura de Guzmán, el partido había decidido trasladarlo a una «zona liberada» desde la cual dirigir la guerra, pero ningún comité pudo asegurar su seguridad. Ni Lima ni las provincias podían garantizarlo. Guzmán (debió saberlo) estaba perdido.

La contraparte de la historia narrada por Iparraguirre son las publicaciones de las Fuerzas Armadas, dadas a luz como una respuesta al informe de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación (CVR): *En honor a la verdad*, redactado por la Comisión Permanente de Historia del Ejército del Perú; *la Historia de la infantería del Perú*, escrita por el comandante Jorge Ortiz; e *Inicio, desarrollo y ocaso del terrorismo en el Perú*, de Benedicto Jiménez. Aunque allí se reconocen excesos y errores, todos coinciden en señalar la responsabilidad de la clase política, que no supo diseñar una estrategia antisubversiva y simplemente les arrimó el bulto. Las Fuerzas Armadas estaban preparadas para una guerra externa, pero no para un enemigo que actuaba desde el mundo de la política y con formas de guerra no convencional.

Por supuesto, esta versión debe matizarse. En sus declaraciones públicas, las autoridades militares solían

manifestar autosuficiencia en el combate a la subversión y más bien eran contrarios a supeditarse a los políticos, más aún a los de izquierda, a quienes veían como aliados de SL. De otro lado, la formación de grupos de autodefensa campesina no era desconocida por el Ejército. Era una práctica de la guerra de Vietnam, se conocía en los manuales militares de la época y, de hecho, el Ejército empezó a implementarla tan tempranamente como en 1983. Sin embargo, el problema mayor parece ser la inconsistencia de esta política y las dudas para la entrega de armas a las rondas campesinas.

### Cierre

Probablemente, el aporte principal de los libros de Jara, Paredes y Zapata esté en el alcance masivo que tendrán, así como en el tratamiento de un tema complejo y polémico a través de un relato ágil y ameno. Sin embargo, la imagen maléfica de Jara sobre Abimael y la idealizada de Paredes sobre el GEIN, contrasta con la presentación de Zapata sobre los puntos de vista de los actores del conflicto. Adicionalmente, Zapata lleva varios temas del conocimiento académico al gran público, pues su relato aborda los factores que explican el surgimiento de SL, el papel de las FFAA, la estrategia militar de SL, el golpe de 1992, entre otros. Es, pues, lo más cercano a un puente entre el conocimiento de las ciencias sociales y el lector no especializado.